

La Trenza de sor Juana

Sombras del deseo

Eve Gil



Me gusta estar en las sombras.
Por eso escribo.
A.C

De una discreción digna de destacar (ella es serena, dulce, algo tímida... aunque un destello de malicia en sus enormes ojos negros la desmiente), Ana Clavel se ha abierto paso en el a veces sórdido territorio de las letras mexicanas, dejando quijadas laxas y ojos cuadriculados en el trayecto, y es que, frágil como se ve, ha resultado dueña de una prosa transgresora, de una originalidad rayana en lo radical. Nacida el 16 de diciembre de 1961, de bulliciosos rizos que remarcan cada palabra que pronuncia, esta escritora mexicana se colocó súbitamente en los cuernos de la luna al resultar finalista del Premio Alfaguara 1999, ganado entonces

por Manuel Vicent y su espléndida novela *Son de mar*, con *Los deseos y su sombra* (Alfaguara, 1999). Antes, Ana era una joven autora casi de culto debido a sus cuentos que, aunque publicados marginalmente, no dejaron impávidos a sus lectores. Justo con su segundo libro de cuentos, *Amorosos de atar*, ganó el Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen 1991. Por aquel entonces, Ana empezó a trabajar bajo las órdenes de un patrón que muchos juzgaron temible, pero del que ella sólo guarda recuerdos amables: "Cuando empecé a trabajar *Los deseos y su sombra*, también se dio que empecé a llevar las obras completas de Octavio Paz en la edición mexicana del Fondo de Cultura Económica. Entonces me reía un poco para mis adentros y decía que Paz me estaba dando su beca porque lo único que hacía era trabajar en sus libros y en mi novela. Fue una responsabilidad muy fuerte: ir a verlo a su casa, siempre con el temor a equivocarme... pero me tocó revisar la prosa más maravillosa de este siglo."

En su narrativa, Ana parte siempre del deseo. Como en *Los deseos y su sombra*, donde explora la posibilidad de desaparecer, que es un deseo que todos hemos experimentado al menos una vez. Su protagonista, Soledad, habita la torre del Castillo de Chapultepec y desde ahí vislumbra, entre maravillada y asqueada, el devenir de la inmensa ciudad que ha sido escenario de su infancia, de sus sueños, de sus pasiones, de sus andanzas... y de su suicidio. Plagada de situaciones demenciales, hilada con ese erotismo de suyo envolvente que se ha vuelto emblemática de la prosa de Ana -y su pluma evidentemente degusta como un caramelo-, donde lo pervertido suele ser tierno. Los deseos... no sólo aporta el personaje femenino más libre de la reciente literatura mexicana, sino también una de las imaginaciones más poderosas e inquietantes. Para leer a Ana Clavel hay que sentirse dispuesto a todo, a dejarse arrastrar por sus hipnóticas narraciones, por sus giros violentos e inesperados. Su escritura exige un lector competente, sí, pero ante todo, creativo. En su tercer libro de cuentos, *Paraísos trémulos* (Alfaguara, 2001), empezó a preparar el terreno para la que sería su segunda novela: nos lleva a vivir la violencia sexual entre dos varones, narrada a través de la mirada de una niña; al perverso juego de usurpaciones de dos amigos que desean distintas cosas de una misma mujer (las relaciones entre hombres, ya sea fraternales o sexuales, están muy presentes en la obra de Ana) y la horrible prisión en que puede transformarse un nido de amor sui géneris. En sus cuentos Ana exhibe hasta qué punto son efímeras las glorias de la carne, porque hasta las más lozanas frutas alcanzan su total putrefacción, "Fueron momentos mudos y dolorosos en los que Adela no se resignaba a aceptar que la cercanía de unos seres va de la mano con la separación de otros." (p. 19).

Cuerpo náufrago (Alfaguara, 2005) es otra de esas paradójicas narraciones de Ana donde los amores imposibles producen el efecto de volver permisivo todo lo demás. Para una imaginación como la de Ana no hay candados, no hay límites, por lo que su heroína, Antonia, despierta convertida en varón casi desde las primeras líneas. No hay explicación posible para dicha transformación, excepto el deseo... el deseo que toda mujer ha experimentado alguna vez de ser hombre para descifrar sus miedos y, sobre todo, gozar de

sus privilegios. "(...) la identidad empieza por lo que deseamos. Secreta, persistente, irrevocablemente. Lo que en realidad nos desea a nosotros." (p.p 12 y 13). El cambio de sexo en la protagonista, a la que Ana se dirigirá siempre en femenino no obstante su indiscutible masculinidad, contribuye a uno de los más fascinantes recorridos por lo insondable de la naturaleza masculina y femenina que, en algunos casos (como éste) puede significar un genuino descenso a los infiernos. Su previa experiencia como mujer no hace sino enriquecer al hombre en que se ha convertido Antonia, aunque no tarda en advertir que ser varón entraña una condición paradójica de poderío y vulnerabilidad: "Se construye una arma-dura para guarecer una arma-blanda. Un apéndice poderoso en vigor y vulnerable en reposo que no obedece a tu voluntad. No depende de ti. Al contrario, tú eres su siervo y su fuerza es tal que te pone a gravitar según el objeto de su deseo." (p. 69).

Ana desvela el fascinante mundo de la masculinidad ante los atónitos ojos de las lectoras... pero también ante el de los lectores que, estoy segura, descubrirán aspectos insospechados de su propia naturaleza. Ante su nuevo sexo -que implica una nueva sexualidad, pues, descubrirá Antonia, le atraen las mujeres... pero le siguen atrayendo los hombres- la protagonista advierte un artificio que la subyugará tanto erótica como estéticamente: los mingitorios. Porque para Antonia su propio falo es algo así como un juguete nuevo (pronto se percatará de que, en tanto hombre, su falo le resultará nuevo toda la vida), y su manipulación para actividades tan cotidianas como orinar le representará toda una experiencia...

inevitablemente esta nueva rutina fisiológica la llevará no sólo a entender una parte del misterio de la masculinidad sino a desarrollar una fijación por ese mueble que, apuesto, el lector no ha notado lo mucho que asemeja a unas caderas femeninas. Incluso a una boca: sólo una mujer hubiera sido lo bastante observadora para detectarlo. "A pesar del aseo en algunos baños, la persistencia del olor de la orina reconcentrada emanaba como un recordatorio de que la belleza siempre tiene su lado mórbido (y al revés, que todo aquello que revulsivamente nos golpea, transpira su propia belleza)." (p. 34).

Ana reconoce la que pareciera ser su evidente deuda con Virginia Woolf, aunque la transformación de Orlando se da a la inversa de la de Antonia, quien muda radicalmente de género, conservando apenas una larga cabellera que nadie miraría con extrañeza en nuestros tiempos. Una vez más, Ana Clavel levanta una sólida estructura literaria sobre una situación que parece abstracta y, sin embargo, parece decir, no es otra cosa que lo esencial, lo que nos define. Lo que somos.

www.evetrenzas.blogspot.com

Envía tus comentarios

www.suplementoarena.com